

Si, como se nos ha advertido en los años recientes, “la política ya no es lo que era”, corresponde en nuestros días a quienes hemos escogido esta disciplina como la actividad nuclear de nuestras intervenciones y reflexiones, establecer los balances y previsiones con la mira puesta en sus avances y retrocesos, en sus incentivos y resultados. Y es que, para algunos, la política ya “no está de moda”. La misma ha sido desplazada si no erradicada de las preocupaciones y prioridades del ciudadano común. En su lugar, encontramos toda una gama de acciones y decisiones que nada tienen que ver con la política, entendida ésta como el espacio de la acción humana donde se desenvuelven la comunicación, deliberación, negociación y competición entre intereses y objetivos divergentes.

Este vaciamiento de la política tiene mucho que ver con el surgimiento en nuestros países de alternativas autoritarias y plebiscitarias que, distorsionando todos los intentos recientes –etapa histórica de las transiciones latinoamericanas hacia la democracia– encaminados a la salvaguarda de un mínimo de representatividad, resultan largamente insuficientes y hasta nefastas para asegurar la convivencia democrática. Por el contrario, la presencia de hábiles prestidigitadores, especialistas de la manipulación y la duplicidad ha venido canalizando las expectativas de ciudadanos inconformes y desmovilizados, “convenientemente” despolitizados. De aquí que la incursión de fórmulas simplistas y antipolíticas en el espacio que queda de la política de todos los días, representen en más de un sentido, un retorno a modalidades premodernas de acción, que habíamos considerado definitivamente superadas. De este modo, un extendido rechazo de la política “tal como es o como se la practica” ha ido preparando el terreno para el ascenso de líderes carismáticos cargados de promesas, ilusionistas y portadores de reivindicaciones populares legítimas que, si revisamos las lecciones de nuestra historia, más pronto que tarde se constituirán en la fuente de mistificaciones y frustraciones colectivas.

Ciertamente, nuestras indagaciones y observaciones en los años recientes se han quedado cortas ante el surgimiento de aquello que Fernando Mires ha descrito como “populismos fascistas”. Y es que el populismo “de nuevo tipo” o neopopulismo se ha ido combinando con un militarismo exacerbado o neomilitarismo, proponiéndose desde nuestro país como la fórmula más efectiva para llegar a la tierra prometida, llámese del “hombre nuevo”, en unos casos, o bien del “mar de la felicidad”, en otros, de mayor delirio. Y no han faltado profetas que, a falta de preparación, se hayan propuesto la tarea de convencernos *in situ* sobre el advenimiento de unos “nuevos tiempos”, envolviendo la oferta con los ropajes de un indeterminado “socialismo del siglo

XXI”, llamado a sustituir al proclamado bolivarianismo, tan ambiguo como inviable en nuestros días.

La cuestión resulta crucial si nos detenemos a observar las derivaciones presentes del “experimento venezolano”, rápidamente identificado por algunos intelectuales desocupados como revolución. Las primeras, pueden subsumirse en la polarización social básica o fundamental, por una parte, y en la conformación de una clase gobernante decididamente antidemocrática, por otra. Así, una vez desmantelado el tramado institucional de la democracia bipartidista, poco a poco se ha ido imponiendo una nueva estructura de poder, construida en torno de la autoridad de un “presidente personal”, cuya vocación totalitaria no deja lugar a dudas. Sólo así se podría entender la intervención tentativa del gobierno de turno –según el mismo, en nombre del Estado–, en su afán por someter a la sociedad civil, buscando reiteradamente hacerse con la dirección y control de sus principales actividades.

Una tal pretensión ha encontrado una resistencia en ciernes en aquellos reductos, que comienzan a reunir las características de lo que Agapito Maestre llamó una *nueva inteligencia política* que, extendiéndose más allá de los espacios tradicionales de la “izquierda” y la “derecha”, encuentre la capacidad para acometer la ardua tarea de asumir “lo político” como el espacio o lugar “creador” de *“instituciones generadoras de libertad e igualdad, de individualidades autónomas y, sobre todo creador de identidades colectivas de corte universalista y democrático”*. Un saber de lo político, que *“sea capaz de cultivar esa tierra, aparentemente de nadie y potencialmente de todos, para que no se marchite la fuerza normativa que ella contiene y que, en el pasado como en el presente, ha sido, es y seguirá siendo el impulso de mil batallas sociales en pro de la emancipación humana”* (*El poder en vilo. En favor de la política*, 1994, p. 25).

Si bien es cierto que la política en nuestros días, en tanto “pensamiento ilustrado”, se mueve entre lo que hace ya cierto tiempo, Bernard Crick describió como el clima enrarecido caracterizado por un optimismo moderado y un moderado pesimismo, no lo es menos que unos cuantos intentos académicos recientes por incluir el estudio de la política en la política “tal como es”, se han propuesto defender el libre ejercicio de la misma: *“Los profesores se engañan a sí mismos (y a los demás) –nos advierte Crick– si creen que el estudio puede ser una ciencia (sólo al peso de una intensa trivialidad) o que puede, en un sentido refinado y puramente filosófico, evitar ser relevante para la política real”*. De modo tal que, *“el compromiso con la libertad y el gobierno político queda desacreditado si la autoridad del profesor o la curiosidad del*

alumno están atadas a una causa o dogma concretos, convirtiéndose así, en las duras palabras de Michael Oakeshott, en «sacerdotes de ortodoxias sospechosas»” (En defensa de la política, 2001, p.10-11).

No deja de ser relevante el hecho de que quienes proponen y enseñan la política como reflexión y acción en nuestras universidades y centros de investigación, de tiempo en tiempo, han debido estar vigilantes ante la arremetida de tales ortodoxias. Y es que la desmovilización autoritaria y despolitizadora de los años recientes en nuestro país ha pretendido vendernos como buena una “política” que niega la existencia y convivencia de grupos diversos e intereses divergentes en un territorio que comparten históricamente. En la medida en que la política democrática consiste en la acción pública de hombres libres, todo llamado a la uniformidad traduce la negación de la política, de toda política. Tanto en la antigüedad como en la modernidad, la política es una de las soluciones posibles a la naturaleza conflictiva de la sociedad y lo seguirá siendo mientras exista vocación por la libertad.

Alfredo Ramos Jiménez
Director